

LA MUJER INDIGENA EN COSTA RICA

Mayra Romero

Resumen

Se refiere el presente artículo a la situación discriminatoria que sufren las mujeres indígenas costarricenses por el sistema de relaciones sociales construido desde el proceso de colonización. Se señala, sin embargo, que en los procesos reivindicativos de los últimos tiempos, se muestra una tendencia a establecer vínculos solidarios con ellas.

Hablar de la mujer indígena en Costa Rica, obliga a incursionar en un tema que históricamente —desde cualquier dimensión que se aborde— muestra los peores rasgos de irrespeto a todo principio de convivencia humana. La historia de la América Latina es la historia de la discriminación y la violencia, pues está suficientemente demostrado que el acto de la conquista y la colonización dio inicio a un largo proceso de sometimiento y subordinación de las poblaciones autóctonas que se encontraban situadas a lo largo y ancho de nuestro Continente, hace miles de años.

La organización social, económica, política y cultural que deslumbró a los conquistadores, guarda aún como fieles testigos, los vestigios de lo que significó la grandeza de esas culturas; pero muestra también, como lacerantes heridas, el deterioro infrahumano al que han llegado los descendientes de Nahuas, Mayas y Quechuas, quienes en conjunción con la madre Tierra y el dios Sol conocieron siempre una situación de bienestar basado en el principio

Abstract

The present article refers to a discriminatory situation that suffer costarrican native women by the social relations system, constructed since Colony process. Points out, however, that in the reindication processes from last years is revealed a tendency to establish solidarity attachments with them.

de un equilibrio con la naturaleza para asegurar su reproducción como seres humanos y como sociedades.

Pensando en una perspectiva de género, las mujeres y los hombres en estas sociedades tuvieron un papel protagónico en el curso de su historia; la organización política, religiosa, cultural, económica, fue realizada por hombres y mujeres sin distinción de ninguna naturaleza; las diferencias lógicas que caracterizan a ambos sexos no fue motivo de luchas para discriminar a las personas y por el contrario, la participación de mujeres y hombres formó parte del dinamismo para engrandecer sus culturas.

Los ancestros que cimentaron estas sociedades llorarían hoy como miles de latinoamericanos y latinoamericanas la tragedia de una política que reforzó un régimen fundado solo en la conquista y en la fuerza (Mariátegui, 95) y que aun en nuestros días, casi al final del milenio, no cesa de ejercerse la ignominia de regímenes que vestidos de trasnochadas democracias, discriminan a los pueblos indios, pese a

pese a que estos siguen teniendo una mayor presencia demográfica en no pocos países de nuestro continente América Latina.

Centroamérica cuenta con una región mayoritariamente indígena. Costa Rica, pese a ser la excepción en el Istmo en cuanto a la presencia numérica, tiene sin embargo el 1% de sus habitantes auténticamente descendientes de pueblos indios que lograron sobrevivir al proceso etnocida, por todos conocido. No quiere esto decir que los 30 000 representantes de cinco pueblos indios, claramente especificados, son reconocidos y aceptados como ciudadanos costarricenses; existe, con mucha vergüenza, hay que mencionarlo, una situación de invisibilidad y de oprobio. Ellos, los indígenas sufren como los otros pueblos indios, el peso de todo tipo de discriminación.

La sociedad costarricense tiene entre sus rasgos, lamentablemente, una tendencia a valorar la cultura que se desarrolló como producto de la colonización, cuya fenotipia obedece claramente a los orígenes europeos; posteriormente, el proceso económico basado en la cultura del café, permitió la vinculación del mercado capitalista mundial, en el siglo pasado; los lazos comerciales y culturales se desarrollaron y fortalecieron por un efecto de demostración, con las grandes capitales europeas. Así, durante muchos años la cultura costarricense se identificó como la cultura del Valle Central; campesinos y oligarcas, en una ideologizada igualdad, se encargaron de estigmatizar "lo indio" ignorando su presencia, usurpando sus tierras, obligando a los indígenas al refugio en poblaciones lejanas del Valle Central (Acuña y Molina, 1986) justamente, la poca participación de mano de obra indígena en el proceso del desarrollo económico, basado en el cultivo del café, atrajo el interés del Estado por poner en marcha un sistema que requería de la pequeña propiedad. Para esto operó el ejercicio de la dominación de los criollos sobre los pueblos indios, como se dijo, usurpando sus tierras y condenándolos al destino de precariedad del que no salen. Desde finales del siglo XVIII los pueblos indios fueron perdiendo importancia aunque hubo un aumento demográfico. Pierden importancia como tributarios de la Corona. Al pasar al siglo XIX el proceso de expansión cafetalera provocó en efecto la expropiación de tierras indígenas. Estos pasa-

ron a ser los peones de los cafetaleros (con sus mujeres e hijos). Es necesario mencionar también que en este período se presentó el mestizaje con mayor fuerza. Vale la pena mencionar aquí que este proceso de cultivo extensivo del café a 150 años de historia, califica hoy día como uno de los efectos más nocivos en lo que se conoce como el deterioro ambiental que enfrentan nuestros pueblos; mientras tanto, la lógica de vida y de reproducción en los pueblos indios se basa en el principio creador de la Naturaleza que cuidan y veneran como un Don de Sibö (Dios creador).

Hubo también territorios indígenas olvidados en Talamanca y Guatuzo (Guevara y Chacón, 1992) en el norte del país que sufrieron igualmente el oprobio del esclavismo y la explotación por parte de criollos o extranjeros que lograron penetrar sus territorios; en el sur, los Borucas y los Térrabas pese a que fueron menos asediados por el proceso de colonización (Guevara y Chacón, *ibid*) no fueron atendidos por una política estatal preocupada de sus condiciones de vida; por el contrario, la indiferencia y el olvido privaron siempre, salvo cuando la riqueza material de bosques y tierras han atraído los intereses capitalistas para expandirse en la región, instalando sus empresas multinacionales o buscando las fuentes minerales para extraer grandes beneficios; el Estado nacional, nunca ausente, se ha ocupado de abrir carreteras e instalar infraestructura (caminos y puentes) pero nunca esta acción ha obedecido al afán de integrar a los pueblos indios a la cultura nacional, o de reconocer su propia identidad.

En todo este proceso, como es de suponer, los pueblos indios procrearon su existencia, reprodujeron su cultura y lograron sobrevivir a toda suerte de limitaciones y miserias; ignorados e invisibles, los indígenas han escrito su historia en un proceso lógico de relación con el mundo; las culturas Bribris, Malekus, Cabécares, Guaymies, Borucas y Teribes constituyen la representación autóctona de Costa Rica; sobreviven pese a todos los abusos y atropellos cometidos históricamente, desde el uso de estrategias engañosas y denigrantes como cambiarles tierras por licor, perros o caballo, molestando a sus mujeres, cobrándoles multas que no debe, humillándoles en su integridad personal o burlándose de su proce-

dencia cultural (Bozzoli, 1985) hasta el más simple hecho de ignorarlos tal como sucede en los folletines de atracción turística en los que no aparece una sola mención de su existencia.

En este contexto es que se ubica la mujer indígena costarricense. Es un hecho que en los últimos años, los pueblos indios han consolidado un proceso de organización para emprender la recuperación de sus derechos y reivindicar la posesión de sus territorios. La mujer indígena no ha estado ausente de las luchas organizativas en aras de ejercer su dignidad. Tampoco lo estuvo en aquellos primeros momentos de la conquista cuando su inocencia fue mancillada, cuando fue arrancada sin contemplación del seno familiar para servir a los extranjeros recién llegados; cuando tuvo que luchar por defender a sus hijos, a sus hermanos, a sus padres o esposos. Hoy, 500 años después, las expresiones de su resistencia se encuentran en las diversas asociaciones de desarrollo integral; algunas son mediatizadas por la participación del Estado; en el peor de los casos, los intereses ajenos a los derechos indígenas controlan este tipo de organización; sin embargo, otras asociaciones más conscientes y auténticas buscan crear condiciones favorables tanto para la participación de la población local en la economía nacional, como para emprender acciones que se orienten a la revitalización cultural (Guevara y Chacón, *ibid*, 95).

¿COMO VEN LAS MUJERES INDIGENAS SU PROPIA HISTORIA?

La crisis actual que viven nuestros países tiene un costo social que pesa sobre los sectores más pobres de cada nación. Las políticas de ajuste con su lógica de un capitalismo salvaje, han desmantelado todos los servicios públicos mientras que un proceso casi demencial de la acumulación, hace cada vez más lejana la posibilidad de satisfacer las necesidades básicas. Las poblaciones rurales e indígenas están entre las más pobres del país. En un taller seminario realizado en marzo de 1988 en San José, se planteó la problemática de la mujer indígena costarricense (Payne, 1988). Con una representación de todas las comunidades indígenas del país, se destacó en dicho seminario la situación de abandono en que se encuentran; ausencia

de elementales centros de salud, en poblaciones en que las enfermedades de todo tipo acechan a diario a hombres y mujeres y niños; no existen otros servicios como vivienda, educación, agricultura en el caso de mercados que reciban sus productos, etc. La vida cotidiana de las mujeres, según su propia representación social, corre paralela a la de los hombres, en un esfuerzo por desarrollar la agricultura de auto-consumo (frijoles, maíz, cacao, plátanos, verduras y frutas). Algunas desarrollan la artesanía, lo que se ha convertido en entradas complementarias de los ingresos familiares. Sin embargo, expresan las dificultades para colocar sus productos por falta de un apoyo institucional que les abra mercados (Payne, E. *ibid*). Los aspectos de la educación son igualmente limitados; es en estas comunidades donde el aprendizaje y la capacitación adquieren altos porcentajes negativos por lo que se refuerza el estado de abandono en que realizan su reproducción social. Una preocupación que se destaca es la presencia de factores externos a las comunidades. Por ejemplo, si las muchachas jóvenes salen a buscar trabajo el proceso de desintegración cultural se vuelve un serio problema, pues muchas de ellas adquieren "malas costumbres y no regresan a sus hogares" (Payne E. *ibid*, 11). Por otra parte, enfrentar aspectos que han transformado su cultura como el uso del alcohol en vez de chicha, en algunos casos otro tipo de drogas, significa el maltrato físico a las mujeres y a los niños, la baja autoestima y la frustración.

La búsqueda de alternativas por una convivencia más justa es lo que se percibe en la creciente actividad organizativa de la comunidades indígenas. En el Seminario ya mencionado hubo una manifiesta expresión de lucha por rescatar los valores del pasado. Serios cuestionamientos hicieron las mujeres a sus propias vivencias, destacándose su reencuentro con las formas de participación en las decisiones colectivas para establecer mecanismos de bienestar comunal. La experiencia de este primer seminario provocó el entusiasmo de las mujeres por ejercer el papel protagónico que les corresponde en la recuperación de los valores indígenas y en el fortalecimiento de su cultura en general. Para ello es necesario desarrollar una política de identificación con sus tradiciones y costumbres (Payne, 23). Actualmente no es nada despreciable la lista de organizaciones

y comités que se encuentran en cada comunidad de los pueblos indios. Destacan algunos por su firmeza en la lucha por el reconocimiento a sus derechos y la legitimidad de su identidad cultural.

En el recién pasado V Congreso Internacional e Interdisciplinario de la Mujer, realizado en la Universidad de Costa Rica en febrero de 1993, las representantes indígenas quizá fueron quienes con más claridad se refirieron al tema de la unidad de las mujeres y los hombres (*Hombres de maíz*, abril-mayo, 1993). Una representante guatemalteca expresó la necesidad de mantener la unidad de ambos sexos en la lucha por la vida, a pesar de que hay fuerzas externas que los quieren separar. De la misma forma, Ana Ma. Rocha, indígena quechua señaló

Debemos tener conciencia de a quien favorecemos si nos separamos hombres y mujeres; a los malos gobernantes. Ellos son los que nos separan y hacen ver que nuestros compañeros hombres son los enemigos; no nos quieren ver más allá de nuestra nariz.

Indígenas del Centro y del Sur de América Latina coincidieron sobre este tema en coherencia con la cosmovisión indígena que plantea

el hombre es un ser imperfecto sin la mujer y viceversa; ambos forman una unidad indisoluble y es sobre la base de esa unidad que se debe dar la lucha, a partir de similitudes más que de diferencias (Hombres de maíz, 1993:11).

¿CUAL ES EL COMPROMISO DE LAS MUJERES UNIVERSITARIAS CON LAS MUJERES INDIGENAS?

La Asociación que represento hizo recientemente un reconocimiento a una de las más destacadas dirigentes indígenas. En un acto lleno de solidaridad, las mujeres universitarias manifestaron su identificación con la pro-

blemática indígena, expresando su reconocimiento a Juanita Sánchez, quien se distingue por su trayectoria organizativa y de dedicación a su pueblo. Es una realidad que no debe estar ausente en la perspectiva de quienes hemos tenido el privilegio de profesionalizarnos y ejercer el dominio de nuestros actos en condiciones plenas, de recursos materiales, de estímulos, de reconocimientos. El ejercicio de nuestra profesión en una Universidad es sin duda un escenario que brinda los legítimos derechos que nos corresponden como seres humanos. En este sentido, la Universidad como institución y nosotras las mujeres que nos desempeñamos como docentes o investigadoras somos representantes de su conciencia lúcida, tenemos la enorme responsabilidad de poner al servicio de los pueblos indios nuestro conocimiento y nuestro esfuerzo, en una actitud de compartir con las mujeres indígenas, las riquezas espirituales que unas y otras podemos aportar en un proceso histórico que lleve a restituir el mundo que les fue arrebatado y a reparar el espacio de donde han sido excluidas. Las vivencias particulares en un objetivo común de solidaridad, puede significar un paso fundamental e importante en la construcción de un mundo más justo y pleno para todas y todos.

BIBLIOGRAFIA

- Acuña, V.H e Iván Molina. *El desarrollo económico y social de Costa Rica de la colonia a la crisis de 1930*. Editorial Alma Mater, San José, 1986.
- Guevara, Marcos y Rubén Chacón. *Territorios indios en Costa Rica orígenes, situación actual y perspectivas*. Ed. García Hnos. S.A., 1992.
- Bozzoli, M.E. *Localidades indígenas costarricenses*. Educa, 2da.edición, 1975.
- Payne, Elizeth. Artículo inédito, mimeo 1988.
- Revista Hombres de Maíz*, nº 11, abril-mayo, 1993.

Mayra Romero
Escuela de Antropología y Sociología
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Costa Rica
San José, Costa Rica